

## Llanto

Fue en julio. Ya había leído, dormido, compartido dos litros de mate, pero las horas en la guardia no pasaban más. En realidad estaba aburrida, tanto que esperaba que se pusiera a llover. Porque cuando uno se aburre, la monotonía del ruido del agua que cae, y las gotas prendidas de los árboles, las ventanas, las rejas y todo lo que no se mueve, hacen que el aburrimiento sea completo y el cerebro se apronte para pensar en cualquier cosa. Así estaban mis pensamientos en ese momento, que no pude creer que ese aviso fuera para mí. “Atento móvil 114, tiene llamado”. Uno nunca se alegra demasiado en estos casos, cuando a pesar del aburrimiento, la lluvia se había hecho torrencial, y apenas pusimos un pie en la vereda, el agua fría nos empapó. Juan, el enfermero que iba conmigo, me había ofrecido una capa protectora que no acepté por lo incómoda y que extrañé desde la salida. El motivo del llamado era “llanto”, así que enfilamos hacia el domicilio que nos indicaron en el Buceo, donde encontramos fácilmente la casa de Nicolás, que así se llamaba el niño, ya que desde abajo de los paraguas de todos los colores, salían manos haciendo señas, indicando el lugar. No hubiera sido necesario, ya que si de llanto se trataba, ese era tan enérgico que no precisamos más guía que la de su sonido, para llegar a un apartamento al final de un largo corredor, donde Nicolás vivía. Como siempre pasa, el domicilio referido es el que está más lejos, o más alto en edificios por escalera, o tiene el perro más grande del barrio, gruñendo atrás de una reja. Y estas variables toman aún más jerarquía cuando uno se olvida de algo en la ambulancia. Y como no podía ser de otro modo, Juan caminó de ida y vuelta el corredor varias veces, bajo agua y siempre acompañado del ensordecedor llanto con el que Nicolás, pequeño que pasaba en pocos meses al año de vida, nos indicaba que la consulta no iba a ser fácil, ya que el llanto no decayó en ningún momento. Lo examiné como pude para descartar elementos orgánicos, mientras confirmaba su

vitalidad (y la mía) con las patadas voladoras que yo esquivaba con bastante destreza. Con el ruido de fondo, chupetes de todo tipo y color intentando calmar al irreductible, una pareja de seres pálidos producto de un insomnio prolongado hacían esfuerzos por contarme lo que ya me había dado cuenta. El llanto, motivado por el más humilde no, hacía que Nico tuviera el control en esa contienda familiar. Dicho esto, en otra oportunidad hubiera dado por terminada la consulta, explicando algunas conductas que se observan a esta edad. Pero esos dos jovencitos nos miraban pidiendo ayuda. Cuando quisimos acordar, los dueños de los paraguas que nos recibieron a la llegada nos miraban del mismo modo. Entonces se me ocurrió. Juan no podía creer lo que le estaba pidiendo. No eran antitérmicos ni que repitiera el registro de la temperatura. Tras la cortina de agua, al fin del corredor, se veía la ambulancia estacionada con las luces giratorias azules y rojas prendidas. En medio del llanto, percibí que el niño la había localizado. Y así fue como cruzamos el corredor bajo las caras asombradas de los vecinos, y los charcos de agua de la vereda. Con el niño en brazos bajo la capa y capucha que yo no quise usar, convertido en un súper héroe. Subimos a la ambulancia. Nicolás se sentó al volante, e inmediatamente cambió el llanto por la risa, tocó la bocina, y saludó a sus padres sacudiendo las dos manos alzadas. Simulaba ser el conductor, mientras todo el barrio lo aplaudía bajo la lluvia que no cesaba.

Con una sonrisa tan intensa como el llanto, nos despidió no sé si a nosotros o a la ambulancia. El viaje de vuelta lo hicimos en silencio, tal vez recordando la lluvia y la risa de Nicolás.

Mientras sigo aburriéndome, esperando otra consulta, pienso que la promesa de vernos otra vez que le hice al niño, va a ser cumplida igual que la de no volver a llover, que me hizo él a mí.

*Dra. Marina Weinberger*